

Solemnidad de San José, Esposo de la Santísima Virgen María
Iglesia del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
19 de marzo de 2026

2 Sm 7, 4-5. 12-14. 16
Sal 89 [88], 2-3. 4-5. 27. 29
Rom 4, 13 16-18. 22
Mt 1, 16. 18-21. 24

Homilía

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

En la iglesia del Santuario de San José en Kalisz, Polonia, San José está representado de una manera muy atractiva que expresa el misterio de nuestra fe católica. El óleo representa a la Santísima Virgen María y a San José, su verdadero esposo, de pie con el Niño Jesús entre ellos. Por encima del Niño Jesús hay una imagen de Dios Padre y de Dios Espíritu Santo, que expresa la verdad de que la Santísima Trinidad y la Sagrada Familia están unidas por un miembro común: Dios Hijo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, quien, encarnado, es Jesús, cuya Madre es María y cuyo Padre virginal es San José.

El cuadro tiene un gran significado para nosotros. En primer lugar, nos recuerda que la obra salvadora de Dios Padre, a través de la Encarnación de Dios Hijo en el seno de la Virgen María por la obra del Espíritu Santo, se realiza, ante todo, a través de la familia, a través de la unión del hombre y la mujer en el amor fiel, duradero y procreativo del matrimonio. En segundo lugar, nos recuerda la cooperación única de la Virgen María en la obra de la Encarnación redentora, pues, por la elección de Dios Padre y la obra de Dios Espíritu Santo, ella, sin dejar de ser virgen, se convirtió en la Madre de Dios. Solo ella ostenta el título de Corredentora. En tercer lugar, nos recuerda que San José también cooperó de manera única, secundaria a la cooperación de la Santísima Virgen María, en la obra de nuestra redención por su matrimonio virginal con María y su paternidad virginal de Dios Hijo Encarnado. Él es colaborador de la Virgen María en la obra de la Encarnación Redentora, tal y como estamos llamados a serlo nosotros, aunque no de la manera única de San José. En cuarto lugar, por su singular cooperación en la obra divina de la Encarnación Redentora, la Santísima Virgen María es la Madre de la Iglesia, la Santísima Madre de todos aquellos a quienes Dios Padre adopta como verdaderos hijos e hijas en su Hijo Unigénito a través del sacramento del Bautismo, y San José es el Protector paternal de la Santa Iglesia e de cada

miembro del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Por último, la Divina Maternidad de la Santísima Virgen María y la Paternidad Virginal de San José, verdadero Esposo de la Virgen María, nos permiten ser, junto a ellos, verdaderos discípulos de Cristo, soldados de Cristo, «colaboradores de la verdad».¹

Nuestra reflexión de hoy sobre San José, Esposo de la Santísima Virgen María, no se basa, por tanto, en alguna idea o sentimiento respecto a San José en su relación con nosotros, sino en la realidad de su verdadero matrimonio con la Santísima Virgen María y su paternidad virginal de Jesús. Para celebrar de manera más adecuada y sincera la fiesta de San José, Esposo de la Santísima Virgen María, reflexionemos sobre un artículo particular y muy hermoso de nuestra fe: la verdad del matrimonio de San José y la Santísima Virgen María, sobre la cual, lamentablemente, existe una gran cantidad de confusión y error en nuestro tiempo.

La enseñanza de la verdad sobre el matrimonio de San José y la Santísima Virgen María, con especial referencia al misterio de la Encarnación Redentora, constituye el fundamento objetivo y sólido de nuestra amorosa devoción a San José. Además, inspira nuestra vida en la Iglesia, en esa vida de gracia de la que la Santísima Virgen María es la Mediadora y San José el paternal Guardián. Es importante, por lo tanto, responder a una confusión y un error bastante extendidos en lo que respecta a la relación entre Jesús, María y José, no solo entre quienes se apartan de la doctrina sólida, sino también entre los fieles que desean sinceramente conocer la fe y enseñarla con integridad, pero que están mal catequizados sobre la cuestión.

El relato de la Anunciación de Nuestro Señor Jesucristo, que expresa la realidad del Misterio de la Encarnación, es particularmente rico y detallado, gracias al contacto con los recuerdos de la Madre de Dios de los que San Lucas disfrutó claramente.² El arcángel Gabriel, enviado por Dios, se apareció a la Virgen María, dirigiéndose a ella como «llena de gracia»,³ haciendo referencia al misterio de la Inmaculada Concepción en su relación esencial con el misterio de la Encarnación Redentora. En otras palabras, María está, en efecto, totalmente llena de gracia divina porque tuvo el privilegio, desde el momento de su concepción, de disfrutar, por anticipado, de la gracia de la salvación eterna que su Divino Hijo, que iba a ser concebido virginalmente en su seno, ganaría para todos los hombres mediante su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. Ella gozó del singular favor de la concepción sin ninguna mancha de pecado original, a fin de que pudiera ser el recipiente idóneo para recibir a Dios Hijo en su

¹ 3 Jn 8.

² Cabe recordar que solo san Lucas ofrece el relato de la Anunciación y los textos de los himnos de extraordinaria belleza: el *Magnificat* de la Santísima Virgen María (Lc 1, 46-55), el *Benedictus* de Zacarías, padre de san Juan Bautista (Lc 1, 68-79), el *Nunc Dimittis* de Simeón (Lc 2, 29-35) y el himno angelical, *Gloria in excelsis Deo*, en el nacimiento del Señor (Lc 2, 14).

³ Lc 1, 28.

concepción. Bajo su Corazón Inmaculado, en su seno sin pecado, Dios Hijo se hizo hombre por la sombra del Espíritu Santo.⁴

Mientras María meditaba sobre el significado del saludo del arcángel,⁵ Gabriel prosiguió diciendo:

No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la descendencia de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.⁶

María respondió al ángel con estas palabras: «¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones con ningún hombre?». ⁷

La respuesta de María al anuncio del arcángel no cuestiona la verdad de lo que el arcángel ha declarado ni se resiste a la verdad con una voluntad contraria, sino que solo busca comprender cómo puede suceder lo que el arcángel ha declarado, ya que, aunque estaba casada con San José, no conocía varón. En otras palabras, aunque San José y ella se habían casado, lo hicieron con pleno respeto a la consagración de su virginidad a Dios, hecha en su juventud. En otras palabras, San José se había casado con María con la intención de honrar a lo largo de su matrimonio su virginidad consagrada.

De hecho, el Evangelio de San Mateo declara:

El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre María estaba [desposada con] José y, antes de vivir juntos, resultó que esperaba un hijo por la acción del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: – José, hijo de David, no temas aceptar a María como tu esposa, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta: *La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel* (que significa: Dios con

⁴ Cf. Giovanni Paolo II, “*Angelus Domini*. La giustizia si rivela come amore infinito,” 14 July 1985, *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII, 2 (Luglio-Dicembre 1985) (Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1985), p. 125, n.º 1.

⁵ Cf. Lc 1, 29.

⁶ Lc 1, 30-33.

⁷ Lc 1, 34.

nosotros). Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa, y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús.⁸

Del texto de San Mateo se desprende claramente que María ya estaba desposada con San José en el momento de la Anunciación, pero que él aún no la había llevado a su casa.

El papa San Juan Pablo II, en su Exhortación Apostólica *Redemptoris Custos*, describió brevemente la práctica matrimonial judía de la siguiente manera:

Según la costumbre del pueblo hebreo, el matrimonio se realizaba en dos etapas: primero se celebraba el matrimonio legal (verdadero matrimonio) y, sólo después de un cierto período, el esposo introducía en su casa a la esposa.

Antes de vivir con María, José era, por tanto, su «esposo».⁹

Por esa razón, al enterarse de su embarazo, José, por decencia, pensó en divorciarse de ella de la manera más discreta posible. Para que quede claro, la palabra «desposada» no debe entenderse correctamente como «comprometida», sino más bien como «casada», tal y como aclara el resto del texto.

También debe quedar claro que la afirmación de que «sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo» tiene como único objetivo subrayar que la concepción no fue resultado de ningún conocimiento carnal de María por parte de San José antes de la concepción virginal de Cristo en su vientre. No implica en absoluto que él tuviera posteriormente conocimiento carnal de María, pues se había casado con ella respetando plenamente su virginidad. En cualquier caso, una vez que María había concebido a Dios Hijo en su seno y le había dado a luz, no era posible que considerara tener relaciones carnales con su esposo, pues permaneció siempre virgen, como correspondía a la Madre de Dios. El texto de San Mateo refleja el maravilloso cuidado de Dios Padre al disponer la concepción virginal de su Divino Hijo y, al mismo tiempo, al proporcionarle un padre virginal, para que Él pudiera ser, desde el primer momento de su concepción, miembro de la familia de José y María.

¿Por qué tanta preocupación por el estado civil de San José y la Santísima Virgen María

⁸ Mt 1, 18-25.

⁹ “Ex Hebraici populi more duobus gressibus contrahebatur matrimonium: primum celebrabatur legitimum conubium (verum ipsum matrimonium), ac deinde solum post certum temporis spatium uxorem perducebat vir suam in domum. Antequam igitur cum Maria communiter vivebat, iam eius Iosephus erat «coniux»; ...” Ioannes Paulus PP. II, Adhortatio Apostolica *Redemptoris custos*, “De persona sancti Ioseph et opera in Christi Iesu Ecclesiaeque vita,” 15 Augusti 1989, *Acta Apostolicae Sedis* 82 (1990), 22, n. 18. Traducción al español: Papa Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Redemptoris Custos*, «Sobre la figura y la misión de San José en la vida de Cristo y de la Iglesia», https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.html, n.º 18.

en el momento de la Encarnación? En primer lugar, el acontecimiento más importante de la historia del mundo merece sin duda el estudio más minucioso en todos sus detalles. Más aún, el cristiano desea comprender lo más plenamente posible la obra de Dios en el tiempo para la salvación eterna de los hombres. El estudio aclara dos aspectos esenciales del misterio de la Encarnación Redentora. En primer lugar, la Santísima Virgen María había entregado todo su ser al Señor mediante la consagración a una vida de virginidad. Y, en segundo lugar, María es, en efecto, la esposa de San José y, por lo tanto, el Divino Niño concebido en su seno por la sombra del Espíritu Santo es miembro de la familia de José y María, y goza de la paternidad virginal o tutela de San José. Al iniciar la obra de la salvación, Dios Padre se encarga de que la concepción de su Hijo unigénito en carne humana, aunque virginal como debe ser, sea también completamente legítima. Él es concebido en el seno de María, esposa de San José. Es inconcebible que Dios Hijo, en su Encarnación, no respetara plenamente, e incluso llevara a la perfección, tanto la virginidad de la Santísima Virgen María como la santidad de su matrimonio virginal con San José. La importancia de una comprensión precisa del estado civil de San José y de la Santísima Virgen María es evidente para una correcta comprensión del gran misterio de la Encarnación Redentora.

Unamos ahora, bajo el cuidado paternal de San José, nuestros corazones, uno con el Inmaculado Corazón de María, al Corazón Eucarístico de Jesús. Que sigamos el ejemplo de San José y disfrutemos de la ayuda de su intercesión, para que podamos convertirnos en colaboradores cada vez más fieles, generosos y puros de Cristo en su misión de salvación del mundo.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Cardenal Raymond Leo BURKE